

hechos tan complejos como la teoría y el análisis textual, la ontología literaria, los métodos de la ciencia literaria y las ideas epistemológicas del período. Un repaso posterior al formalismo ruso, la estilística, el New Criticism y las poéticas de la lectura, en las que destaca la teoría y la estética de la recepción, en particular de Jauss e Iser, las teorías literarias vinculadas a otras ciencias como el psicoanálisis, la psicocrítica, la sociología del conocimiento literario junto a la sociocrítica, además de la teorías literarias de marco filosófico (el giro lingüístico de la filosofía, las teorías instrumentalistas del lenguaje, la teoría del lenguaje constitutivo, la hermenéutica, la semiótica, las teorías negativas sobre el conocimiento, entre las que considera el movimiento posmoderno, la deconstrucción, el pensamiento débil, el multiculturalismo y otros movimientos actuales) sintomatiza no solo la extraordinaria amplitud del campo estudiado, sino también la capacidad de discriminación, de análisis y síntesis, de crítica y de comprensión de Carmen Bobes. Y también la gran dificultad de resolver el problema del conocimiento literario, mostrado magistralmente en este libro.

Al final, en lugar de hacer planteamientos apocalípticos, iconoclastas, teatrales, descalificadores, arbitrarios, Bobes prefiere la humildad del científico y la mesura del profesor y en lugar de conclusiones decide recapitular que el objeto de estudio de la teoría literaria es la obra literaria, cuya lectura permite construir el objeto literario (Mukarovski) y que sus rasgos determinados por diversas escuelas serían su carácter objetivo que se manifiesta en la materialidad de los signos lingüísticos, su condición de signo, la necesidad de ser interpretada, la dimensión histórica en que participan todos sus elementos, el hecho de formar parte de distintos procesos semióticos, la consideración del lenguaje literario como uno de los grandes temas de la ontología literaria y su relación con la sociología y la hermenéutica; finalmente, enfatiza que el investigador también es histórico y proyecta su tiempo y espacio en el modo de entender el texto.

Pienso que este estudio de Carmen Bobes se destaca, además de lo ya explicado, por su notable capacidad de integrar la mayor parte de los conocimientos teórico-filosóficos característicos del conocimiento literario occidental en una perspectiva personal orientada a resolver problemas pendientes, a pesar de tantos siglos de reflexiones e investigaciones. Ello supone la descripción neutral y serena de la mayor parte de las categorías implicadas y el respeto por las distintas y las diferentes posiciones, pero no oculta las elecciones realizadas ni el apego a sus propias concepciones que muestran una postura firme aunque con cierta tendencia ecléctica.

Este libro podría provocar discusiones y críticas desde ópticas muy racionalistas o irracionales, cientifistas en extremo o raudamente filosóficas, pero en ningún caso debiera pasar inadvertido. Según mi opinión, lo mejor sería que tuviera correcciones bien intencionadas de aquellos aspectos donde naturalmente pueden caber varias posiciones necesarias de contrastar y, principalmente, continuaciones que desarrollen aquellos aspectos que por su complejidad debieron expresarse de modo muy sintético, con el fin de mantener en vigencia esta magnífica crítica del conocimiento literario.

Universidad Austral de Chile  
Instituto de Lingüística y Literatura  
icarrasc@uach.cl

DOI: 10.4067/s0071-17132010000100011

FRANKEN, CLEMENS Y MAGDA SEPÚLVEDA. 2009. *Tinta de sangre. Narrativa policial chilena en el siglo XX*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Católica Silva Henríquez. 301 pp. (Giovanna Yubini Vidal).

*Tinta de sangre...* sugiere desde su título la búsqueda detectivesca y exploración de los posibles derroteros por los que devino desde inicios del siglo pasado la narrativa policial en nuestro país. El itinerario investigativo que nos presenta este libro está poblado por una serie de personajes y situaciones que protagonizan las novelas que se presentan y analizan en función de las características que adquiere el género en Chile, pero que también se tornan protagónicos de esta investigación, a saber: el detective, los sospechosos y el crimen. Este libro representa la urgencia de traer a los estudios literarios un género que si bien ha aparecido en nuestra literatura sólo en las últimas décadas se ha constituido en objeto de estudio. Concordamos

con las palabras del presentador, Jaime Galgani, para quien se trata de una producción situada en la frontera del canon pues sus autores son reconocidos por otra labor, como los escritores periodistas, o por ser estudiados desde otro género a pesar de la progresiva profesionalización del género, por ejemplo, en escritores como Díaz Eterovic. El trabajo de Franken y Sepúlveda pretende demostrar que en esta producción simbólica se pueden observar problemas identitarios, sociales, culturales, políticos e históricos que nos han ceñido como nación y se establecen como trasfondo o correlato de la narración policial.

Por ello, los autores han preferido una organización temática que se condice con el desarrollo histórico de cada una de las temáticas y el contexto de producción de los textos literarios. Válganos mencionar, no obstante, que en algunos capítulos el estudio es más descriptivo y biográfico que analítico, por lo que las conclusiones dejan amplia participación a los lectores.

El libro se inicia con un capítulo de carácter introductorio, El viaje de un género, en el que se propone la narrativa policial como forma discursiva que un recorrido se transforma en novela negra, por ejemplo, con Chandler, y llega a Chile mediante la difusión periodística que presenta traducciones de novelas clásicas, posteriormente las nacionales que aparecen bajo seudónimo para proteger a los autores de su participación en este género entonces considerado menor. Así se protegieron plumas tan destacadas como las de Alberto Edwards o Juan Espinoza, autor de la primera novela policial, *La muerte misteriosa de José Marini*. Las características específicas que alcanzará en nuestro país se establecen en torno a la figura central, el detective: contra los inmigrantes, el pro-aristocrático, a favor de la modernización, el cómplice de las mujeres, contra las grandes instituciones, en la globalización o frente a la imposibilidad de la verdad.

El primer eje, el detective contra los inmigrantes propone que en las novelas de las primeras dos décadas del siglo XX se presenta una oposición entre el sujeto popular, el roto chileno marginado de la legitimidad pública, y el colono, protegido por las leyes del Estado, para potenciar desarrollo nacional. El detective podrá tomar dos caminos distintos: por una parte, deslegitimar la figura del inmigrante presentándolo como parte de una comunidad regida por sus propios códigos de codicia y deslealtad, un estereotipo negativo como lo hace la novela de Espinoza o, por otra, redimir al sujeto popular para incluirlo dentro de la nación ocupando el sitio del colono. De este modo abre el campo de representación para exponer la intrahistoria de los excluidos como un pacto nacionalista que busca privilegiarlos, situación que ocurre en textos como *Las aventuras de Manuel Luceño* de Acevedo Hernández.

La función del detective pro-aristocrático es restituir su lugar a la élite mediante el desciframiento de un crimen contra la clase o, simplemente, situándose él mismo como un sujeto superior, representante de la aristocracia, ayudado además por sus habilidades intelectuales, su capacidad de deducción y profundo conocimiento psicológico que le permite leer la mente del asesino, superando así el paradigma de la metodología de investigación científica. Según los autores, responderían a esta clasificación Alberto Edwards y Camilo Pérez de Arce. Ambos usan una marcada intertextualidad con la novela policial de estilo clásico, siguiendo las directrices de Conan Doyle y Poe, inclusive, una estrecha con la novela negra, por lo que en ciertas novelas el ambiente se sitúa fuera de las fronteras nacionales (en Estados Unidos, por ejemplo).

Dos serían los autores que representan al detective a favor de la modernización, Luis Enrique Délano y René Vergara. Ambos representan una superación de la aristocracia y la aparición en la escena pública de sujetos meritócratas cuyos enfoques abarcan de lo psicológico a lo sociológico del crimen, aunque difieren en el método y en su sentido de la modernización del relato. La narrativa de Délano constituye un giro en la narrativa tradicional, pues se aleja de la estética criollista mediante un imaginismo que busca realidades alternativas a través del despliegue de las facultades de la fantasía; quizás por eso se desconfió de la criminalística como método de análisis y se ponderan las facultades imaginativas y psicológicas como principal herramienta para resolver el crimen. Contrariamente, la modernización para Vergara está dada por la búsqueda de una nueva institucionalidad policial, legal y penal, acorde a los tiempos modernos y las tecnologías de investigación desarrolladas entre los años 60 y 70, así como un estudio sociológico para desentrañar los motivos, donde muchas veces el detective se transforma en el encargado de administrar justicia ante la inacción del sistema judicial.

En el detective cómplice de las mujeres se nos presenta la tematización de lo femenino desde cuatro puntos de vista. El recorrido se inicia con Alfonso Reyes, quien en la década de los 50 publica una serie detectivesca por entregas que puede ser leída dentro de la lógica *pulp*

de la revista, relatos donde se la presenta como la *femme fatale* que logra eludir la penalidad de sus actos mediante la representación, sobre y con su cuerpo, de los deseos masculinos que la mantienen en la lógica patriarcal. Poli Délano, cercano a la novela negra, en *La muerte de una ninfómana* presenta una crítica que cuestiona la mirada de género y la violencia hacia la mujer. La configuración cambia, sin embargo, con Alejandra Rojas y Marcela Serrano. Ambas adoptan la mirada femenina como eje central y el espacio íntimo, ya sea familiar o psicológico, como clave para desentrañar sus enigmas. La primera, centrándose en una investigación donde la protagonista debe indagar sobre su propia vida familiar, cuestiona los roles de género, el destino de la mujer y los prejuicios sociales que suelen surgir en ese ámbito. Junto con una extensa crítica sobre la narrativa de Serrano, los autores analizan su única novela que se acerca al tema, *Nuestra señora de la soledad*, como un texto que no logra despojarse de una mirada esencialista en que la detective Rosa Avallay recurre a la intuición y comprensión de la psique femenina para resolver la desaparición que investiga.

Las novelas que presentan al detective contra las grandes instituciones se sitúan durante la dictadura militar y la transición a la democracia, momento en que surge la narrativa neopolicial vinculada a la denuncia política ante la violencia organizada por los servicios de inteligencia. Para Franken y Sepúlveda, la saga del detective Heredia de Díaz Eterovic responde a esta caracterización, pues se trata de un personaje que a pesar de su sentido crítico, su desaliento y nostalgia por proyectos políticos frustrados, trata de revelar la verdad que esconden los delitos sociopolíticos; este afán de restituir la verdad lo convierte en un sujeto romántico, en un *flâneur* del Santiago moderno, profundamente enraizado en los barrios periféricos de la urbe. Por otra parte, presentan a Cayetano Brulé, protagonista de las novelas de Roberto Ampuero, como la antítesis de Heredia: un detective neoliberal que se mueve en un escenario de libre mercado en que todo tiene su precio, que transparenta la ambigüedad de la democracia por medio de la denuncia de la corrupción de algunos de los representantes del pueblo. Finalizan el análisis de este capítulo con la narrativa de Sergio Gómez, quien en *El labio inferior* (1998) presenta la problemática y sospechosa relación entre la dictadura y la iglesia católica.

El detective en la globalización es un sujeto que, toda vez que sus sueños han fracasado, no tiene más alternativa que refugiarse en el mundo empresarial como medio para su sobrevivencia. Como investigadores de agentes de seguros, los personajes y la narraciones de la citada Alejandra Rojas y del conocido Luis Sepúlveda resultan ser una hibridación entre la novela policial, negra y de aventura, donde el detective mira con ojo crítico y desencantado el contexto en que se despeña, ya sea en Chile o Europa, cuestionando la corrupción nacional y formando parte de ella (Rojas) o la destrucción ecológica propiciada por megacompañías en Latinoamérica (Sepúlveda).

En el detective frente a la imposibilidad de la verdad, los autores se concentran en la narrativa de Roberto Bolaño, aunque tenga sus antecedentes también en Vicente Huidobro, Alfonso Reyes y Tancredo Pinochet. Presentan a *Monsieur Pain* (1999), *Pista de Hielo* (1998) y *Estrella distante* (2000) como textos que transgreden el formato policial porque pone menos interés en la investigación y mayor atención en las víctimas, víctimas de la crisis social de una generación despojada material y espiritualmente, huérfanos sociales y melancólicos que viven la frontera cuya investigación los sitúa en el campo literario.

Este volumen constituye un análisis con una mirada histórica que reseña los inicios conservadores y poco canónicos de un género que progresivamente va adquiriendo una identidad que se arraiga en los procesos nacionales. Finalmente, es imposible no mencionar que la extensa bibliografía con que los autores fundamentan su estudio resulta ser un excelente apoyo para los futuros lectores que se interesen en investigar sobre el tema.

Universidad Austral de Chile, Valdivia, Chile  
 Instituto de Lingüística y Literatura  
 gionanna.yubin@docentes.uach.cl